

cerdote, que ya aguardaba descuidado, y que le dijo majestuosamente:

—Alto, señor Don Antonio!—;Mi hijo está en sagrado!...—Usted acaba de hacer, con venir aquí, todo lo que cumple á un hombre de honor y vergüenza. —Márchese tranquilo á su casa, á donde yo iré á buscarle mañana, si Dios quiere

Y, volviéndose luego á la multitud, añadió con destemplado acento:

—Ustedes... ¡á sus negocios! ¡á cuidar de sus hijos, que hartos lo necesitan; y dejen en paz á los desgraciados!

Antonio Arregui besó la mano al Cura sin contestar palabra, y se marchó tranquilamente.

Los grupos se retiraron también poco á poco, elogiando en voz alta á Don Trinidad Muley y pensando al propio tiempo en el Baile de Rifa de la siguiente tarde, como el jugador que ha perdido piensa en el desquite.

Y pronto no quedó más que el recuerdo de la inolvidable Procesión de aquella día, como del fulgente sol que había iluminado las engalanadas y ya entenebrecidas calles, sólo quedaba un vago crepúsculo en los remotos celajes de Po-
nente.

III

ÚLTIMO VUELO DE UN PAR DE PERDICES

No pocos sudores costó á Don Trinidad Muley deshacerse de otras muchas personas que habían entrado en la Capilla y en la Sacristía en pos de ambos Niños de la Bola, y que aún permanecían allí las horas después de terminada la Procesión.

Por una parte, los socios de la Hermandad celebraban en la Sacristía la siempre borrascosa Junta en que anualmente eligen aquella noche y en aquel sitio, (tomando biscochos y unas copitas de rosoli), nuevo Mayordomo ó Hermano Mayor; y, por otro lado, centenares de valientes, algo bebidos por cuenta propia, se arremolinaban en la Iglesia, empeñados en hablar al hijo de Don Rodrigo á fin de ver qué efecto le producían las noticias (que deseaban darle), del regreso de Antonio Arregui y de su hombrada de haber avanzado hasta allí en busca de satisfacción y desagravio...

Pero el buen Padre de almas se movió de tal modo, fué y vino tanto de la de la Sacristía á la Iglesia, tuvo tan felices ocurrencias en la Junta, y suplicó en tan sentidos términos á la otra gente "que se apiadase, siquiera por aquella noche, del pobre Manuel Venegas, en vez de aumentar sus acerbos disgustos," que al cabo logró, cerca ya de las ocho, verse libre de los Cofrades y del último calamocano, bravucón y cócora...—Púsose entonces los hábitos de calle; dió al Sacristán, en voz muy baja, algunas órdenes que parecían importantísimas; apretó la cara cuanto pudo, como para tener aire de muy enfadado, y pasó á poner en libertad á su prisionero.

¡Cosa rara, ó que por lo menos no se aguardaba Don Trinidad!—Manuel estaba escribiendo pacíficamente en un bufetito que allí servía para apuntar nacimientos, desposorios y defunciones.—Hallábase muy tranquilo, (tal vez demasiado), y en aquel instante firmaba un largo papel que había escrito. Cerrólo con toda calma, sin darse por entendido de la entrada del Sacerdote, como quien hace una cosa tan buena que le

relewa de vanas cortesías; guardóselo en el bolsillo, uniéndolo á otros que tenía en él, y entonces, y sólo entonces, fijó los ojos en el estupefacto y taciturno Don Trinidad.

Este apretó más y más el rostro, al ver que aquella mirada no expresaba arrepentimiento y mansedumbre, (sino mero cariño, desnudo de alegría, y la calma de inalterables resoluciones... Pero, como ni aun así consiguiese intimidar á Manuel, volvióle la espalda de un modo brusco, y se puso á examinar el techo, donde maldito lo que había que pudiera llamarle la atención.

El joven sonrió dulcemente, y se adelantó hacia su protector con los brazos abiertos.

—¡Déjame!—exclamó el voluminoso Cura, mudando de sitio.

Pero Manuel consiguió alcanzarlo; abrazóle por secciones, no sé si con filial ó con paternal confianza, y al fin le dijo, en son de blanda réplica, como siguiendo la conversación iniciada cuando se encontraron:

—También yo tenía deseo de hablar con usted, y, en prueba de ello, pensaba ir esta noche á su casa.

—¡A buena hora!—refunfuñó el Cura.

—Quería, entre otras cosas, (prosiguió el joven, con aquella apacible ingenuidad de niño que hacía olvidar sus arrebatos de fiero), entregarle á usted un papel que escribí hoy al mediodía y que ahora mismo acabo de reformar.—En el bolsillo lo llevaba esta tarde, y en él lo habría encontrado la Justicia, si mi destino hubiera sido morir en la calle de Santa María de la Cabeza.

—¡Morir! (contestó ásperamente Don Trinidad, sin dejar de mirar al techo). ¡Ya empiezas con tus palabrotas, á fin de aturdirme! ¡Mejor harías en explicarme por qué no me has recibido esta mañana! —¡Qué vergüenza! ¡Verme desairado por tí delante del público!—Pues, ¿y lo que has hecho con la pobre Polonia?— ¡Dos veces seguidas ha regresado á casa llorando tus desprecios!...

—Perdóneme usted, señor Cura... (respondió Manuel con suma tristeza). Hoy he estado mal... muy mal...— Desde anoche no he sido dueño de mí mismo.

—¿Y ya? ¿lo eres?—preguntó Don Trinidad, poniéndose de perfil y mirándole con un sólo ojo, como las aves.

Manuel inclinó la cabeza, y no respondió.

—¡Quedamos enterados! (repuso con amargura el Sacerdote). ¡Ea! ¡Vámonos á casa... suponiendo que quieras venir á saber si se ha hundido tu antiguo cuarto y á desenojar á Polonia!...

—¡Vamos, sí!...—respondió el joven afablemente.

—Saldremos por la puerta del cementerio, á fin de que no nos vea nadie,—dijo Don Trinidad, rompiendo la marcha.

Su antiguo pupilo lo siguió como un autómata.

Y pronto se hallaron en una especie de corralón cubierto de altas hierbas, entre las cuales blanqueaban muchos huesos á la luz de la luna.

Manuel se quedó parado en mitad de aquel estercolero de la vida, tal vez comparándolo con el infierno de su alma, y cayó en una profunda meditación.

—¿No vienes?—le dijo el Cura desde la puerta que daba salida al campo.

El joven paseó una mirada por el suelo, como despidiéndose de aquella paz, ó eligiendo sitio para gozar de ella, y salió en pos del Sacerdote.

Mucho anduvieron, rodeando en torno de la Ciudad, en busca del portillo más cercano á la casa del Cura, sin que todo este tiempo volvieran á hablar palabra. Pero, al ir á penetrar ya en poblado, por un callejón que formaban las ruinosas tapias de dos huertos, acertó el paso Don Trinidad, para que se le incorporase el joven, y murmuró sordamente y más enojado que nunca:

—¡Lo mismo que el escándalo de esta tarde!—Me lo han contado todo! ¡Has querido matar á una pobre mujer!...

—¡Miente quien lo haya dicho!—exclamó Venegas, deteniéndose lleno de furia.

Y luego añadió, con otra clase de rabia:

—¡Ojalá me hubiera atrevido á hacerlo!

—¿Qué dices, hombre de Lucifer?

—Digo que yo no he tratado de matar á Soledad esta tarde...—Lo tenía pensado; pero no pude.... Me faltó valor...; me sobró carifio... ¡y esa es mi penal ¡ese es mi espanto!—¡Sus lágrimas me han agujereado el corazón, como si fuera plomo derretido!...—Conozco que no

puedo con ella... Es superior á mí... ¡Está perdonada!

El Cura respiró; pero interrogó todavía!

—Pues entonces: ¿á qué ibas esta tarde á escalar su balcón?

—¡A qué! (respondió el joven con espantosa naturalidad). ¡A irme con ella!... ¡á recobrarla!... ¡á redimirla de su cautiverio!—¿No sabe usted que me quiere? ¿No sabe usted que lloraba al mirarme?

Don Trinidad se hizo á sí propio una especie de seña, como diciéndose: "Por este lado estamos bien: la vida de Soledad no corre peligro."

Y se embozó en el manteo con cierto aire de satisfacción, y exclamó en voz alta:

—¡Adelante con los faroles!—Polonia dice bien; á tí te falta un tornillo en la cabeza.

Y penetró en la Ciudad.

Manuel vaciló un punto entre seguir al Cura ó escaparse, como temiendo nuevos y más comprometidos interrogatorios; pero al fin se decidió por lo primero, y marchó en pos de él, aunque á tres ó cuatro pasos de distancia.

De este modo llegaron á la casa-curato, á cuya puerta aguardaba Polonia, llena de susto y curiosidad.

—¡Gracias á Dios! (exclamó al ver á su antigua "cria," y sin reparar en Manuel).

—Conque dime, niño, ¿qué hay? ¿Es verdad lo que se cuenta?

—¡Callate!... que ahí viene...—respondió el Cura.

—¿Quién?

—Míralo.

Polonia, que no había estado en la Procesi6n, tardó en reconocer al hijo de Don Rodrigo; pero, cuando cayó en la cuenta de que era él, avalanzóse á su cuello y le llenó el rostro de besos y lágrimas.

Manuel correspondió afectuosamente á aquellas caricias; pero no contestó casi nada á las innumerables preguntas de la buena mujer.

—Déjalo, Polonia... (dijo Don Trinidad): Nuestro ahijado no está bien de salud....—Pon luz en mi despacho, y cuida de que nadie nos interrumpa....

—Entiendo... entiendo... Quieren ustedes estar solos... (se fué rezando el ama de llaves).—¡Pues señor! ¡viene más loco que nunca!...—¡Qué lástima! ¡Un hombre tan guapo!....—Porque,

¡cuidado si está el chico que da gloria verlo!

Constituídos en el despacho Don Trinidad y el joven, principió aquel á pasearse en silencio, mientras que éste miraba con infinita melancolía los pobres enseres, para él tan conocidos, del virtuoso Párroco.

Nada faltaba ni nada nuevo había en aquella habitación: dijérase que los últimos años no habían pasado por ella. ¡Todo era igual y estaba en el mismo sitio que siempre, recordando el día tris-tísimo, y mucho más distante, en que entró allí por primera vez, cogido de la mano del caritativo sacerdote!....

¡Bendita igualdad la de aquel alma y bendito reposo el de aquella vida que no tenían más caudal que la virtud ni más goces que los del prójimo!—¡Envidiable suerte la de aquel hombre!

Don Trinidad, que en medio de todo era muy ladino, se puso al cabo de estos pensamientos de Manuel, y lo dejó empaparse bien en ellos, juzgando que no podrían menos de serle saludables; hasta que, transcurridos algunos minutos, le dijo aparentando indiferencia.

—¿Con que de todos modos pensabas venir por esta humilde casa?

—Sí, señor;—respondió el joven como despertando de un sueño.

—Y ¿se puede saber á qué?

—Ya se lo indiqué á usted hace poco: á entregarle unos papeles....—Y también á liquidar cuentas de cariño... A despedirme de usted y de Polonia...

—¿Despedirte?—¿Pues qué! ¿te marchas?—¿Harias perfectísimamente!

—Puede decirse que me he marchado ya.... (contestó Manuel con lúgubre acento.) Desde anoche no pertenezco al mundo. El huracán de la desventura me ha envuelto en sus alas, y, cuando salga por esas puertas, todo habrá concluido entre usted y yo....

—Comprendo.... comprendo...—murmuró Don Trinidad muy disgustado.

Y, cambiando en seguida de tono, lo cual era uno de los principales recursos de su oratoria, añadió familiarmente:

—A propósito de liquidaciones....—También yo tengo que arreglar contigo una cuentecilla, no de cariño, sino de dinero....—Se trata de algunos maravedises (cosa de veintemilreales) que me fuiste entregando cuando trabajabas en la

Sierra...—Míralos aquí... en esta alcancía, cuyo rótulo dice: "Dinero perteneciente á mi hijo adoptivo Manuel Venegas, que me lo dejó en depósito."

Y, mientras así hablaba, había sacado del cajón del bufete, y puesto sobre la mesa, una enorme hucha de barro encarnado.

Manuel apreció, en medio de su aturdimiento, todo el valor de aquel golpe, y exclamó sumamente conmovido:

—¡Ese dinero es de usted!—Yo no se lo dí para que me lo guardara....

—Ya lo sé: me lo diste para que aumentase al culto del Niño Jesús y para que atendiese á tu manutención. Mas, como yo hice lo primero á mis expensas, aunque por cuenta de tu alma, y lo segundo no tenía hechura de ningún modo (pues era privarme del gusto de sostenerte de balde, á fuer de padre que sostiene á su hijo,) resulta que este dinero es tuyo, y tan tuyo, que te lo habrías llevado cuando te marchaste á América, si hubieras tenido la atención de despedirte de mí...

Manuel respondió noblemente:

—Y yo lo acepto hoy, mi querido padre, para que nunca diga usted que he querido escatimarle mi agradecimiento. En

cambio, (y pues de dinero hemos llegado á hablar, diré á usted ahora lo que pensaba decirle por medio del papel que escribí esta mañana y he reformado esta noche....—Aquí lo tiene usted.—Es, como si dijéramos, mi testamento, y en él lo instituyó á usted mi heredero fideicomisario, para que disponga libremente de mi caudal, así en provecho suyo como de los pobres, después de pagar un millón de reales á los herederos de Don Elías Pérez, y de entregar un legado de mil onzas á nuestro amigo el veterano Capitán, compañero de armas de mi buen padre.—Para todo ello, en esta cartera hallará usted letras á su favor contra las casas de banca de Málaga, en que tengo colocada mi fortuna.—También digo en mi testamento que, cuando yo muera, se entregue á usted cuanto quede en poder mío, así de dinero como de alhajas y otras cosas.—¡No dirá que soy desprecioso!....—Conque tome usted, y guarde esto, en lugar de esos benditos mil duros.

Don Trinidad lloraba en silencio desde que Manuel empezó á hablar de aquel modo; pero, cuando éste hubo termina-

do, exclamó con tanta furia como dolor:

—Está muy bien.... ¡Trae acá!..... ¡Celebro que tu cabeza se halle tan en caja!—Ya volveremos á tratar de este asunto en mejor ocasión....

Y se metió en el bolsillo el papel y la cartera que le alargaba el joven.

En seguida, tornó á sus paseos, limpiándose los ojos con el revés de la mano y tratando de recobrar la serenidad.

De pronto, se paró en medio del despacho, y dijo:

—Supongo que tú no eres de los que hacen la heregía de matarse....

—Supone usted bien.... (se apresuró á contestar el hijo de Don Rodrigo.)—¡Nunca se me ha ocurrido semejante idea!

—¡Ya lo creo! ¡Eres tú demasiado hombre para hacer una cosa que va contra la naturaleza y contra Dios!—Ningún ser criado se suicida, fuera de algunas tristes excepciones de la especie humana, faltas de valor para sufrir y de religión para esperar....—Cuando el hombre no es la mejor de las criaturas, es la peor.—¡No hay término medio!

Dichas estas palabras, Don Trinidad

continuó paseándose, no sin hacerse otra seña á sí mismo, cual si se dijera: "Seguimos ganando terreno: tampoco hay nada que temer por este lado."

Reinó un minuto de insostenible silencio.

—Conque á despedirte... ¿eh? (rezó al fin el Cura, dando vueltas por la habitación y mirando al suelo.) ¡Y, sin embargo, no te marchas, ni te suicidas!.... Pues señor: ¡hay que desencantar este asunto!

Y plantóse delante de Manuel, con la cabeza caída sobre un hombro, los brazos á la espalda y el abdomen en completa exhibición; miróle de hito en hito con sus ojos de santón marroquí, llenos al par de valentía, de fanatismo y de paternal afecto, y, cimentando la pregunta, por vía de exordio en una barrigada cariñosa, que obligó al joven á dar un paso atrás, díjole nobilísimamente:

—Vamos claros, Manolo: ¿qué piensas hacer?—Aquí estamos dos hombres honrados y de vergüenza....—¡Dime la verdad, como siempre!

—Déjeme usted, señor Cura... (exclamó el pobre Venegas con verdadero espanto, y muy arrepentido de haber en-

trado allí.) ¡Yo no puedo responder á eso!....—Permítame que me vaya.... Tengo fiebre, necesito reposo....

—¡Malo! (replicó Don Trinidad muy ofendido.) Tú no me quieres.... ¡Tú me desprecias!—A tí se te ha olvidado la noche en que fuí á sacarte de la alcoba en que murió tu padre.... Tú no te acuerdas tampoco de tu padre, de aquel hijodalgo, de aquel espejo de caballeros, incapaz de pensar en cosas que no pudiera decir....

—¡Que no lo quiero á usted! (prorrumpió el joven, herido también en su dignidad.) Pues ¿por qué estoy aquí, cuando el infierno me está llamando?—¡Que no me acuerdo de mi padre!....—¡Ojalá fuera cierto!—Pero yo soy como soy.... ¡Déjeme usted seguir mi aciaga estrella!

—¡Vamos á ver!.... Y ¿cómo eres? (¡Las cosas hay que decirlas con sus nombres!) ¿Eres un criminal? ¿Eres un asesino? ¡Tú, el hijo de Don Rodrigo Venegas! ¡Tú, el ahijado de Don Trinidad Muley!—Respóndeme, hombre.... ¡Ten valor para decírmelo!

Manuel miró asombrado á Don Trinidad.

—¡No me respondes! (prosiguió éste.)

¡Luego no estás contento con tus planes!
¡Luego te condenas á tí mismo! ¡Luego
te abrazas al mal á sabiendas!.....

—Y ¿qué es el “mal?” ¿Qué quiere decir
“malo”? ¿Qué quiere decir “bueno?”
(gritó Manuel bruscamente.) ¡Hace tiempo
que me lo pregunto!....

—¡Hola! (exclamó D. Trinidad con mucha
gracia). ¡Tú también te metes en
esas honduras!—Pues yo te contestaré.

Y, cual si para hacerlo hubiese tenido
que penetrar en lo más sagrado del vir-
toso corazón que le servía de Biblia,
inclinó la frente y cruzó las manos
con no sé qué seráfica reverencia, hasta
que al fin destilaron sus labios estos
dulcísimos conceptos:

—“Malo”.... es todo lo que se hace
sin alegría en el fondo del alma. “Ma-
lo”.... es querer gozar ó lucirse á cos-
ta de la dicha ajena. “Malo”.... es teme-
rle al dolor hasta el punto de cau-
sárselo al prójimo. “Malo”..... es
amarse uno á sí mismo más que á los
que lloran demandando piedad. “Malo”
..... es preferir vengarse á complacer
á un sacerdote. “¡Malo”.... es lo que
tú haces conmigo en este instante!—Y
“bueno”.... es... lo bueno! La misma

palabra lo dice.—“Bueno”..... es, por
ejemplo, padecer con gusto, para que
los demás no padezcan; llorar de alegría,
cuando se ha quitado uno el pan de la
boca para dárselo á otro; sacrificarse ge-
nerosamente; perdonar... vencerse, huir,
morirse para que otros vivan...—En fin,
yo me entiendo, y tú me entiendes.—
¡Sobre todo, Manuel, lo que es muy “ma-
lo,” lo que es detestable, es bajar los
ojos, como tú los bajas, huyendo aver-
gonzado de tu propia presencia, que se
asoma á ellos á darme la razón!....—¡Y,
si no, mírame cara á cara, con tu anti-
gua valentía de león inocente y noble, no
con la torva ferocidad de tigre carnice-
ro... á ver si tienes entrañas para decir-
me que hay algo en el mundo que tú me
puedas negar, empezando por la vida; á
mí, que te quiero como un padre; á mí,
que te daría mi sangre entera, si la ne-
cesitaras; á mí, que te pido perdón con
estas lágrimas; perdón para otros hijos
míos, perdón para tus prójimos, perdón
en nombre de Jesús Crucificado!

—¡Señor Cura! (respondió Manuel con
varonil emoción). Mi vida es de usted.—
Yo se la doy con gusto...—Pero máte-
me ahora mismo.